

La codicia como obnubilación de la razón

Introducción

La intención del presente trabajo es ilustrar mediante un caso literario, cómo el vicio de la codicia interfiere con las potencias superiores del hombre y hasta que punto es capaz de opacar la racionalidad. Nuestro ejemplo se encuentra en uno de los libros del prolífico autor inglés J.R.R. Tolkien, a saber, *El Hobbit*.

Son importantes para el análisis que llevaremos a cabo las nociones de mito y de símbolo, refiriéndose nuestro autor al primero diciendo: “*Creo que el cuento de hadas tiene su propio modo de reflejar la verdad, diferente a la alegoría, la sátira, o el ‘realismo’ y es, en algún sentido, más poderosa*”¹, en sus propias palabras.

Símbolo se tomará aquí como aquel elemento de la obra de arte que al reparar en él trans-significa, a saber, muestra un significado más allá de lo que él mismo es, pero conservando al mismo tiempo sus características propias, remite y permanece.

Bilbo y la virtud

Si se dijera que Tolkien en *El Hobbit* no hace sino ilustrar un paradigmático caso de desarrollo de los hábitos en la persona quizá se podría juzgar semejante afirmación como forzada por no tratarse nuestro profesor de un filósofo, pero veamos qué es lo que nos dice él mismo: “*(...) yo mismo percibía el valor de los Hobbits, pues ponían un terreno concreto bajo los pies de la «fantasía», procuraban sujetos para el «ennoblecimiento» y héroes más dignos de alabanza que los profesionales(...)*”². Aquí se advierte claramente que el desarrollo de la nobleza en los personajes es símbolo de la adquisición de la virtud, ya que la palabra *noble* tiene un sentido ascensional y por lo tanto se refiere a un hábito bueno.

Tomemos como ejemplo el caso del protagonista de la obra: Bilbo Bolsón. Bilbo es un hobbit que vive con comodidad en su agujero hobbit en La Comarca al que le desagradan las aventuras y todo lo que modifique una pacífica rutina. En este personaje

¹Humphrey Carpenter, *Cartas de J.R.R. Tolkien*, Minotauro, 1993, Barcelona, Carta 181, pág. 273. Citado en F. Horacio Augusto Ibáñez Hlawaczek, “*Él Árbol y las Hojas*”, UNSTA/Vórtice, 2013, Salta, pág. 390.

² Humphrey Carpenter, *Cartas*, Carta 163, pág. 327.

se pueden analizar dos aspectos simbólicos desde una perspectiva filosófica para arrojar luz sobre su significado, a saber: la salida de sí mismo para hallar su ser verdadero y el crecimiento en virtud. Ambas características son complementarias, ya que la segunda depende de la primera.

Sin embargo, termina siendo convencido por el mago y emprende un largo viaje con él y un grupo de enanos. A lo largo del mismo se van operando cambios en su forma de ser y de hallarse frente al mundo a tal punto que cuando regresa a su hogar no es reconocido por sus vecinos. La aventura posibilitó que Bilbo vea el mundo con otros ojos y esto lo transforma; en otras palabras, se encuentra con un ser más profundo, su vida pasa a tener un sentido más trascendente.

El hobbit pasa de ser un “[...] *pequeñajo que se sacudía y resoplaba sobre el felpudo*”³ al saqueador que, movido por la lealtad, penetra en la guarida del dragón y le roba un copón. Pasa de ser quien añoraba tener consigo su pañuelo de mano a ser quien evita, con mucho sentido común, una batalla inútil entre enanos y elfos, lo que vale que el Rey Elfo afirme de él “*Eres más digno de llevar la armadura de los príncipes elfos que muchos que parecían vestirla con más gallardía.*”⁴

¿Por qué se operan estos cambios en el personaje? Pues porque las vivencias de su viaje lo han enfrentado a situaciones límite que no le dejaban más posibilidad que superarse o perecer, y su sentido común de hobbit siempre le indicó el modo de superarse. Si Bilbo no aceptaba el juego de adivinanzas que Gollum le propuso⁵, probablemente hubiera acabado en el estómago de éste, por lo que toma el riesgo de enfrentarlo y durante el duelo descubre que tiene coraje, lo cual nos refiere a la virtud de la fortaleza.

Bilbo crece eminentemente en sabiduría. Al descubrir sus cualidades ocultas no reniega de su vida anterior, sino que la revaloriza. Después de todo lo que él desea es retornar a su propia casa y a sus antiguas comodidades, pero ha adquirido una nueva forma de concebirlas y su cosmovisión es mayor. Pero no tiene delirios de grandeza ni se siente superior, sino que se siente satisfecho de ser “*sólo un simple individuo en un mundo enorme.*”⁶

³ Ídem, pág. 28.

⁴ Ídem, pág. 274.

⁵ Ídem, pág. 83.

⁶ Ídem, pág. 310.

Hay un hecho paradigmático en el relato donde se aprecia de forma eximia la nobleza que Bilbo ha adquirido. Se trata del pasaje en el cual, luego de que Gollum no reconoce su derrota en el duelo de acertijos, éste intenta comérselo y comienza a perseguirlo, pero Bilbo se pone el anillo y se torna invisible, por lo que en un instante tiene a Gollum a su merced. Aquí Bilbo tiene la oportunidad de terminar con la vida de una despreciable y mezquina criatura, pero no lo hace, la compasión por su miseria detiene su mano.⁷

Esta decisión repentina tiene su explicación en las penurias que le han tocado vivir a lo largo de todo el viaje: *“A medida que Bilbo se acostumbra a tener frío y hambre y a estar mojado, se queja menos y se vuelve más fuerte,”*⁸ y también se vuelve más comprensivo y empático con el sufrimiento de los demás; al haber experimentado él carencias y privaciones puede conmoverse por una criatura *“sin luz ni esperanza de algo mejor”*⁹, aun cuando ésta ha intentado matarlo a él.

Cuando se afirma que Bilbo se ha encontrado con su ser más profundo es en referencia a que los cambios cualitativos que se operan en él no lo transmutan sustancialmente, sino que son actualizaciones de potencialidades que no estaban desarrolladas aún. La intención de este apartado ha sido demostrar que el personaje frente a situaciones extremas se descubre a sí mismo como valiente, compasivo y generoso, lo cual reafirma la decisión de Gandalf de haber contado con él; él había captado como ningún otro la valía de Bilbo y éste la demuestra en repetidas ocasiones y con creces: *“¡Hay siempre en ti más de lo que uno espera!”*¹⁰

Este apartado se podría concluir afirmando que el concepto de virtud que Tolkien deja entrever en sus personajes es claramente identificable con el sentido clásico del término, un hábito operativo bueno. Y en el caso de Bilbo se hace patente lo que afirma Tomás: *“La virtud moral puede existir, ciertamente, sin algunas de las virtudes intelectuales, como la sabiduría, la ciencia y el arte ...”*¹¹. De hecho, no se lo cuenta entre los personajes más sabios, sino que es virtuoso muchas veces sin poder explicar del todo que lo mueve a obrar de ese modo.

⁷ Ídem, pág. 96.

⁸ Gregory Bassham y Eric Bronson (editores), *“El Hobbit y la Filosofía”*, Del Nuevo Extremo, 2014, Buenos Aires, cap. 13. Traducción de Andrea Isabel la Forgia.

⁹ Ídem, pág. 96.

¹⁰ Ídem, pág. 278.

¹¹ De Aquino, Tomás, *Summa Theologiae*, BAC, 2001, Madrid, I-II, q.59, a.4, c.

La codicia de Thorin a Gollum

Uno de los ejes centrales del relato es el de las riquezas que el dragón Smaug le ha arrebatado a los enanos, de hecho es este acontecimiento el que motiva la aventura de Bilbo y los enanos, recuperar el tesoro perdido y matar al dragón usurpador. Son dignos de análisis los efectos que esta riqueza produce en los principales personajes de la obra. En este apartado nos centraremos en cómo son influenciados por el oro Smaug el dragón, Gollum y Thorin Escudo de Roble, el líder de los enanos y heredero legítimo del tesoro.

La codicia es un excesivo amor por la riqueza definida por Santo Tomás como un vicio que violenta nuestra obligación de amar al prójimo y de amarnos a nosotros mismos.¹² Siendo el amor (caridad) la más alta y noble virtud teologal, podemos observar que la codicia viene a vulnerar la esfera en la cual el hombre se asemeja a la divinidad mediante la gracia, y dado que la gracia supone la naturaleza y siendo el hombre definido por su racionalidad, en relación a sus potencias superiores, podemos concluir diciendo que la codicia atenta de forma directa contra la razón humana.

Para comprender el caso de Smaug es necesario partir de la naturaleza que Tolkien les otorga a los dragones en su relato: *“Los dragones, sabéis, roban oro y joyas a hombres, elfos y enanos dondequiera que puedan encontrarlos, y guardan el botín mientras viven (...), y ni siquiera disfrutan de un anillo de hojalata. En realidad, apenas distinguen una pieza buena de una mala, aunque en general conocen bien el valor que tienen en el mercado; y no son capaces de hacer nada por sí mismos, ni siquiera arreglarse una escamita suelta en la armadura que llevan.”*¹³

De este modo queda claro que la ambición en un dragón es algo acorde a su naturaleza, por lo que se espera que todos lo sean, y Smaug no es la excepción. Pero los casos de Gollum y Thorin son más complejos, ya que no existe una determinación hacia la codicia, sino que ambos la adquieren de diversos modos.

Gollum es una criatura, malvada, deforme y mezquina, cuya voluntad fue consumida por la posesión continua del Anillo Único. Pero nos dice Gandalf en *El Señor de los Anillos* que Gollum fue originariamente un hobbit como Bilbo, pero al hallar el Anillo se despierta su ambición, hasta el hecho de asesinar a su primo para poseerlo. A

¹² De Aquino, Tomás, *Summa Theologiae*, BAC, 2001, Madrid, II-II, q.118, a.1, ad. 2.

¹³ Ídem, pág. 33.

partir de allí Gollum descubre el poder del Anillo, pero este lo corrompe al punto de esclavizar su voluntad y deformarle el cuerpo y la mente. Vive solo en la oscuridad y utiliza el poder de invisibilidad del Anillo para matar y robar.

Lo particular de este caso es que la codicia no le permite disfrutar del Anillo desde el primer momento, ya que termina identificándose con él y lo obsesiona la idea de perderlo o de que se lo roben, que es lo que termina ocurriendo cuando Bilbo se pierde en los túneles donde él vivía.

Aquí es interesante analizar el aspecto de la voluntad en Gollum, ya que esta se halla atada completamente a la del Anillo. La voluntad debe seguir siempre al intelecto, y apetece lo que este le presenta como bien. El caso que aquí se presenta es que el intelecto de Gollum parece incapaz de distinguir entre bienes, o peor aún, de distinguir entre bien y mal. Es notable que su personalidad se haya desdoblado en dos y que se hable a él mismo refiriéndose como “tesoro”, nombre con el que denomina al Anillo.

Lo que ocurre es que el único apetito que parece satisfacer con sus actos es el del vicio de la codicia. Pareciera que con el correr de los años el Anillo ha ido paulatinamente atrofiando los apetitos de Gollum, reduciéndolos a la posesión del Anillo. En efecto, vive en soledad, anda semidesnudo, no come alimentos corrientes, sólo pescado crudo y su forma de hablar se ha modificado.

Lo llamativo no es aquí que su voluntad tienda siempre hacia lo maligno, ya que esto es algo corriente en una persona viciosa, sino el hecho de que anteponga una necesidad tan secundaria como lo es la posesión de una joya, a necesidades tan básicas como lo son el comer, vestirse y vivir en sociedad.

En última instancia, y siguiendo al Aquinate, la situación de Gollum apunta a que su intelecto se le ha corrompido de tal manera pensando sólo en el Anillo, que su voluntad sigue consecuentemente lo que éste le presenta como bien, que en última instancia es lo que reporta un bien para Sauron, quien ligó su fuerza vital al Anillo. Todo acto voluntario de Gollum lo es en función de su simbiosis autodestructiva con el Anillo Único.

El caso de Gollum es paradigmático en cuanto a la intención de Tolkien de mostrar mediante la degeneración y fealdad física el mal intrínseco a las criaturas, simbolismo que aparece en repetidas ocasiones en toda su obra: Gandalf pasa de ser “el Gris” a “el Blanco”, en una alusión a una mayor virtud adquirida por éste, o el caso de que Sauron,

el Enemigo, es representado como un Señor Oscuro, identificando a la oscuridad como expresión física de la maldad.

En el caso particular de *El Hobbit* la avaricia en Gollum es la que lo impulsa a enfrentarse con Bilbo en un duelo de acertijos¹⁴, sólo quería sacar provecho de su situación de ventaja para comérselo, más aún cuando se da cuenta de que Bilbo tenía el Anillo en sus bolsillos. Aquí Gollum pierde toda cautela y se lanza a perseguir al hobbit sin importarle que los túneles se hallen infestados de trasgos.

La última situación de avaricia que es de provecho analizar es la que ocurre con Thorin Escudo de Roble. Thorin parte hacia la Montaña con un objetivo noble: recuperar su reino, matar al dragón que asesinó a su pueblo y recuperar el tesoro perdido. De hecho, Gandalf, que es un personaje sabio y prudente, lo alienta a embarcarse en tal empresa, por lo que se advierte que la intención original era buena.

Lo que ocurre es que a medida que la compañía se acerca a la Montaña, Thorin se va tornando más oscuro y sólo piensa en el tesoro. Más aun, cuando finalmente arriban allí y el dragón es muerto, Thorin contrae la llamada “fiebre del dragón” que consiste en apegarse ciega y obsesivamente a un tesoro por haber sido este incubado tanto tiempo por un dragón. Esto causa que se llegue a un enfrentamiento entre enanos y elfos por reclamos legítimos de estos últimos de parte del tesoro, el cual es evitado precisamente por Bilbo, lo que le vale que Thorin intente matarlo, cuando el hobbit actuaba para salvarle la vida a él y los demás enanos.

Lo que diferencia el caso de Gollum con el de Thorin es el hecho de que el primero no haya salida de su apego, mientras que el enano, al hallarse pronto a morir, recapacita sobre su actitud previa y se redime.

El mensaje que Tolkien transmite mediante estos personajes es el del peligro en que pueden resultar las posesiones al quererlas de modo desordenado, las cuales pueden llevar hasta al más noble de los hombres (como es el caso de Thorin) a volverse miserable y mezquino.

¹⁴ Ídem, pág. 78.

Conclusión

Habiendo analizado con detenimiento al autor, su época y aspectos puntuales de su obra, es posible afirmar que Tolkien, lejos de haber escrito un simple cuento para niños, brinda con *El Hobbit* una perspectiva diferente a la hora de redescubrir aspectos y vivencias de la vida cotidiana que muchas veces escapan a nuestra consideración. El libro aporta una oportunidad excepcional para formarse en valores éticos mediante una obra literaria. La “aplicabilidad”, como él gustaba en llamar a este modo de relación de hechos, aspectos y situaciones con la realidad (que no es otra cosa que el símbolo), abre la posibilidad de que el lector reflexione sobre la virtud, la codicia y otros tantos aspectos que brinda la obra que no han sido desarrollados aquí por motivos de extensión.

La simbología de Tolkien posee una riqueza tal que pese a abrir posibilidades de reflexión filosófica, conserva la frescura propia de un cuento para niños, al que uno puede volver y encontrar siempre nuevos elementos para reflexionar en el mundo primario, pese a que la obra no se altere. A mi entender, esta es la máxima riqueza de *El Hobbit*, que sea tan simple en estructura y narración como lo sería un hobbit, y profundo y reflexivo a la vez como lo sería Gandalf.

Marcos Rial

Bibliografía

- J.R.R. Tolkien, *“El Hobbit”*, Minotauro, 2001, Barcelona
- Humphrey Carpenter, *J.R.R. Tolkien – Una Biografía*, Minotauro, 2008, Barcelona
- Humphrey Carpenter, *Cartas de J.R.R. Tolkien*, Minotauro, 1993, Barcelona
- Daniel Grotta, *J.R.R. Tolkien*, Andrés Bello, 1992, Santiago de Chile
- Horacio Augusto Ibáñez Hlawaczek, *“Él Árbol y las Hojas”*, UNSTA/Vórtice, 2013, Salta
- Gregory Bassham y Eric Bronson (editores), *“El Hobbit y la Filosofía”*, Del Nuevo Extremo, 2014, Buenos Aires
- De Aquino, Tomás, *Summa Theologiae*, BAC, 2001, Madrid